

CARTA SEXTA

Pereza educadora de los padres. — ¡Que los niños estén quietecitos! — Resultados de esta linda doctrina. — ¡Si Pedrito y Simona me los confiaran á mí!... — Una ficción á lo Juan Jacobo. — Los niños en el campo. — El miedo. — El tocado, el acostarse y el levantarse. — Aprender á trabajar. — ¿Cuándo empezarán á trabajar?

QUERIDA Francisca: ayer encontré á tu cuñada Lucía. Lucía ha leído, por detrás de ti, mi última carta: la en que protestaba yo del empleo prematuro del libro y de la enseñanza demasiado temprana de lenguas extranjeras en la educación infantil.

Lucía me gritó desde lejos, apenas me vió:

— ¡Bravo, querido pedagogo! ¡Tiene usted cosas muy originales! Ni lectura, ni idiomas á los niños hasta que no cuenten ocho años. Creo, como Francisca, que se adaptarán muy bien á ese *far niente*. Pero ¿y nosotros los padres? ¿Se imagina usted nuestra existencia con esos diablillos desocupados? ¡Chapurrear inglés ó alemán, hacer borroneos en los cuadernos, deletrear sílabas equivocadamente... no sé si todo esto es necesario para la formación de su espíritu; pero le garantizo que es indispensable para la tranquilidad de los padres!

— Señora — le repliqué, — conozco esa objeción, que vale una réplica, porque coloca en evidencia, ingenuamente, un fenómeno muy frecuente: la pereza de los padres en materia de educación.

Sí, señora, la PEREZA. Muchos padres sienten una invencible pereza cuando se trata de ayudar con un esfuerzo personal á la educación de sus hijos. Si son lo bastante ricos para

delegar este esfuerzo, no dejan de hacerlo; pero, aun entonces, son perezosos para cuidarse de elegir quién ha de sustituirle. La mayoría de los hijos de burgueses, reciben su primera educación — ¡tan importante! — de simples individuos que hacen de la enseñanza un oficio. Ninguna inspección seria se ejerce sobre el empleo de las horas: lo importante es que las horas parezcan ocupadas y « echarse de encima al pequeño (ó á la pequeña) » cuando no se siente deseos de tenerlos cerca.

Así, los humildes personajes encargados de ordinario de educar á los jóvenes burgueses modernos, tienen buen cuidado de tenerlos « ocupados ». Que esta ocupación les sea provechosa ó no, poco importa...

Y para educar á un niño hace falta, por el contrario, no ocuparle; pero *ocuparse de él* constantemente, dedicarle una vigilancia de todos los instantes. Si vosotros, los padres, no podéis ejercerla, cuidado, al menos, de que quien os sustituya, sea una persona digna...

— Todo eso es muy hermoso y muy bueno en teoría, replicó M^{ma} Laterrade. — Concedo que se ocupe á los niños en cosas triviales, con el propósito de tener paz. Pero se diría que no sabe usted lo que es un niño desocupado... Si Pedrito y Simona fueran hijos suyos y si usted se consagrara á ellos, me pregunto en qué les haría pasar el tiempo, puesto que excluye todo simulacro de trabajo.

— ¿Si Pedrito y Simona estuvieran confiados á mí? ¿Si yo tuviera licencia y tiempo para educarlos á mi manera? ¡Quiera el cielo que esto se realizara para siempre!... Hagámoslo realidad con el pensamiento por unos instantes. Representemos, por una vez, el papel de Juan Jacobo y Emilio. Compongamos una escena de la comedia ideal cuyos protagonistas serán Pedrito, Simona y su tío-abuelo... Á través de la ficción del relato, sabrá usted distinguir que la doctrina no es ficticia.

Imagino, pues, que Francisca me ha confiado á Pedrito y usted á Simona; que acometo su doble educación en el campo, según los principios ya expuestos. Admitamos que esta educación se continúa en sus propiedades de Berri...

* * *

¡SI PEDRITO Y SIMONA ME LOS CONFIARAN Á MÍ!...

... Desde que Pedrito y Simona están confiados á mí, lo mismo que su educación, les he instalado en el Campo. Inmediatamente he comprobado que á estos dos jóvenes ciudadanos, no les ha faltado la ciudad un instante, ni siquiera al día siguiente de sacarlos de ella. Añado (no sin melancolía) que sus padres, cuya falta echaban de menos al principio, casi no se acuerdan de ellos ya. La sensibilidad, y sobre todo la memoria de la sensibilidad, se desenvuelven muy lentamente y muy tarde en el niño, siempre debido á que el niño no aplica mucho tiempo su *atención* al mismo objeto. La cultura de la atención preparará la de la sensibilidad, como ésta activa la de la voluntad y la de la inteligencia.

La cultura de la atención es el todo.

La novedad de los lugares, casa, parque, jardín, granja, anejos á la propiedad y el pueblo vecino, han bastado para distraer á mis discípulos durante los primeros días. Yo he aprovechado esto para dirigir el estado de sus hábitos innatos y hábitos adquiridos. Ahora ya conozco sus caracteres : los niños no lo ocultan cuando tienen conciencia de que han de temer si lo muestran. Pedrito es dulce, de una inteligencia regular, excitable felizmente por medio de la curiosidad, cuidadoso de agradar, muy sociable. Simona tiene fácil comprensión, pero su espíritu es terriblemente móvil : es celosa, ambiciosa, coqueta, autoritaria, ardiente en sus testimonios de afecto, alegre y colérica.

Los dos barajaban vagas frases en alemán é inglés; los dos eran capaces de leer P, cuando se les mostraba una R; los dos emborronaban letras y dibujos. Mi primer cuidado consistió en esconder en un cajón todos los cuadernos y prohibirles que hablaran otra lengua que la francesa. Aún no he terminado de arrancar los anglicismos y germanismos que brotan como cardos en el vocabulario de mis discípulos. Pedro dice : « Nosotros debemos dejar el tapicero », lo que

á Fraulein Hilde, criada en Stuttgart, le parecía de un francés correctísimo. Simona, responde : « El tapicero querrá venir mañana », lo que satisfacía por completo los oídos de *miss Compton*, nacida en Exeter (Devonshire).

Pedro y Simona, no sin una verdadera sorpresa, que me han comunicado, comienzan á saber que también se aprende el francés.

Creían que sólo se aprendía el alemán y el inglés.

Cada uno de mis discípulos ocupan dos cuartitos contiguos, cuya puerta de comunicación permanece abierta durante la noche. Una mujer de confianza se acuesta en el mismo cuarto que ocupa Simona y preside, cuando se acuestan y levantan, el tocado de los niños. Yo no dejo de preocuparme de estos cuidados. Como indicaciones generales he prohibido las afectaciones de decencia de que la inglesa había cargado á Simona; he recomendado mucha y muy sana sencillez. Hay puntos de moral sobre los cuales, provisionalmente, no quiero que se oriente la atención de los niños : la decencia es uno de estos puntos. Paso por alto las precauciones de higiene que todo el mundo conoce y admite : ventana abierta durante la noche, agua abundante, limpieza del cabello, dientes y uñas. Sin embargo, me atengo á la regla de que al momento de acostarse vaya precedido de un tocado completo. No es razonable acostarse sucio y no proceder á la limpieza hasta el día siguiente por la mañana. De esta manera se duerme mejor, se despierta limpio y el tocado matinal no es sino una excitación higiénica... Esta simple precaución ha hecho que el sueño de Simona, antes muy nervioso y que tardaba en conciliarse, sea hoy tranquilo y reposado.

Una lamparilla alumbraba durante la noche la habitación de Simona. Cuando despierta en medio de la obscuridad siente miedo. Es muy probable que este pernicioso hábito adquirido se origine de una torpeza ó de una debilidad inicial en los padres. Ahora no podría, sin peligro, suprimir la lamparilla. Es indispensable rectificar los esfuerzos pasados, realizar toda una obra de reeducación de los nervios. Ésto llegará en su tiempo y sazón.

Pedrito duerme bien en la obscuridad y no tiene miedo, siempre que la puerta de comunicación con el cuarto de Simona permanezca abierta.

Yo concedo mucha importancia á combatir en estos dos niños el miedo. Todos los niños son miedosos. Esto se explica porque se sienten débiles ante el peligro, inhábiles para escapar á él; porque, además, todas las cosas nuevas para ellos, les parecen amenazadoras. Hay que hacerles conocer de cerca los objetos y los seres animados, á los cuales temen porque los desconocen. Una vez conocidos, la infancia se familiariza rápidamente con lo que amedrentaba á su ignorancia. Simona, que se ponía enferma á la vista de un ratón, amaestra hoy á uno encerrado en una caja. ¿Qué niño campesino siente miedo de los bueyes? El ejemplo de Clemente Martín que, solo y tieso como un palo, conduce ocho enormes cuadrúpedos ornados de cuernos á abreviar y los aterroriza con sus gritos, ha contribuido no poco á confortar el alma de mis dos discípulos... En cuanto al miedo á lo invisible, fantasmas, aparecidos, sólo la imbecilidad de los criados y de ciertos padres puede sugerirlo á los niños. Yo he despedido inmediatamente á una sirvienta que hablaba de fantasmas á Simona.

Nos levantamos á las siete de la mañana. Ninguna concesión sobre este punto, salvo en caso de enfermedad. Admito que se adelante la hora de acostarse, si el cansancio es mucho, pero no que se retarde la de levantarse. Levantarse es el primer acto, la inauguración de la mañana, y yo me he esforzado en inspirar á mis dos discípulos el respeto á la mañana, fecunda juventud del día. Querría que esta sugestión les gobernara toda la vida. El día no pierde nunca su mañana, jamás es frívolo.

Después de los cuidados del tocado, luego de la breve plegaria (que, entiéndase bien, no es todavía para ellos, y así quiero que siga siendo, más que un acto de afecto hacia los padres y de fe en la Protección vaga y poderosa que preside su vida, pues sería locura hablar en metafísico ó en místico á niños de cinco años), luego de esta breve plegaria,



... Lucia ha leído, por detrás de ti, mi última carta... (Pág. 77).

repito — hacia las nueve próximamente — comienza el periodo laborioso de la mañana.

¿Á las nueve y no antes?

Sí, porque quiero que todos los actos (los que son útiles, no los de recreo) se hagan *con lentitud*. Juan Aicard hace decir muy justamente á uno de sus personajes que « debemos enseñar la lentitud á los niños. » Este es uno de los medios esenciales para ejercitar su atención.

Así, pues, á las nueve, comienza el periodo laborioso. Yo no digo á mis dos discípulos : « Vamos á trabajar. » Les

digo : « Vamos á aprender á trabajar... » Porque yo me esfuerzo en presentar ante su imaginación el verdadero trabajo, el trabajo de los hombres y de los jóvenes, como una especie de recompensa á la cual, su edad, todavía no les da derecho. Sobre el temperamento muy diferente de Simona y Pedro, he comprobado que esta sugestión tiene idéntico y excelente efecto. Los dos me preguntan constantemente. « ¿Cuándo empezamos á trabajar? » Pedro encuentra injusto que Clemente Martín, de la misma edad que él, conduzca el ganado á abreviar, lo cual es un trabajo útil. Yo le respondo :

— Clemente Martín es capaz de vigilar los bueyes durante media hora y tú, á los cinco minutos, ya no sabes pensar en lo que has comenzado.

Y esto es verdad.

Empleando estos medios he hecho comprender á los dos que, antes de tener derecho á trabajar, es preciso aprender á ser atentos. Simona asegura ya que es capaz de pensar en la misma cosa durante un cuarto de hora. Yo prefiero no ponerla á prueba... pero estoy bien seguro que ella pondría algo de amor propio para convencerme de su afirmación. Porque, muy lejos aquí de las doctrinas de Juan Jacobo, yo no descarto estos maravillosos auxiliares de la educación : amor propio y emulación. Hay que actuar sobre los niños por medios humanos; es decir, por los mismos que gobiernan á los hombres.

Ya lo véis, amables mamás de Simona y Pedro; la formación que pretendo dar á estos dos pequeños seres no tiene, de ninguna manera, por objeto enseñarles á leer, escribir, la Geografía, el alemán, la Gramática francesa, ni ninguna cosa precisa de las que un día ha de conocer un escolar francés. Mi educación tiene por objeto *hacer aptos sus espiritus para aprender todo esto*.

Y al mismo tiempo que les enseño á trabajar (hermosa fórmula que los niños se apropian en seguida), no cesaré de hablarles del feliz día en que, terminado su aprendizaje, pasarán á una categoría de niños muy superior á la presente : la que trabaja... Si quieres un ejemplo de lo que puede este

procedimiento emulativo en su espíritu, lee la historia de Luis XIII niño, al cual no le imponían ningún trabajo y, un día, sintió envidia del príncipe de Conti porque éste trabajaba.

En mi próxima te contaré, querida sobrina, la continuación de mi imaginaria jornada con Pedro y Simona.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
C. O. N. E.